

Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

SOLEMNE SESIÓN PÚBLICA

CELEBRADA

EL DÍA 9 DE MAYO DE 1905

PARA CONMEMORAR EL

Tercer Centenario

DE LA

PUBLICACIÓN DE LA PRIMERA PARTE

DEL

QUIJOTE



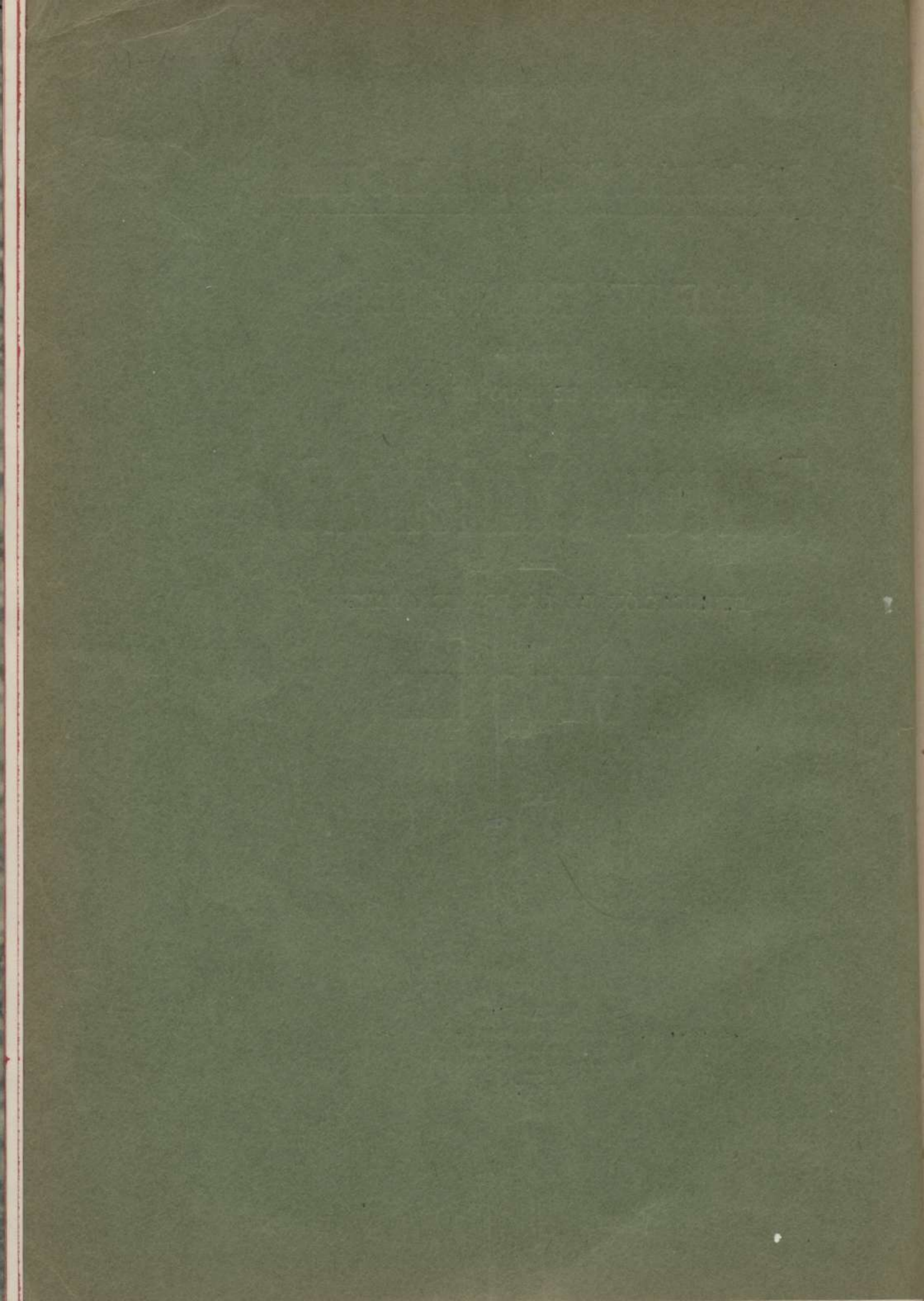
MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»

IMPRESORES DE LA REAL CASA

Paseo de San Vicente núm. 20

1905



Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

SOLEMNE SESIÓN PÚBLICA

CELEBRADA

EL DÍA 9 DE MAYO DE 1905

PARA CONMEMORAR EL

Tercer Centenario

DE LA

PUBLICACIÓN DE LA PRIMERA PARTE

DEL

QUIJOTE



MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»

IMPRESORES DE LA REAL CASA

Paseo de San Vicente, núm. 20

1905

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHYSICS DEPARTMENT

PHYSICS 309

1955-1956

LECTURE NOTES

BY

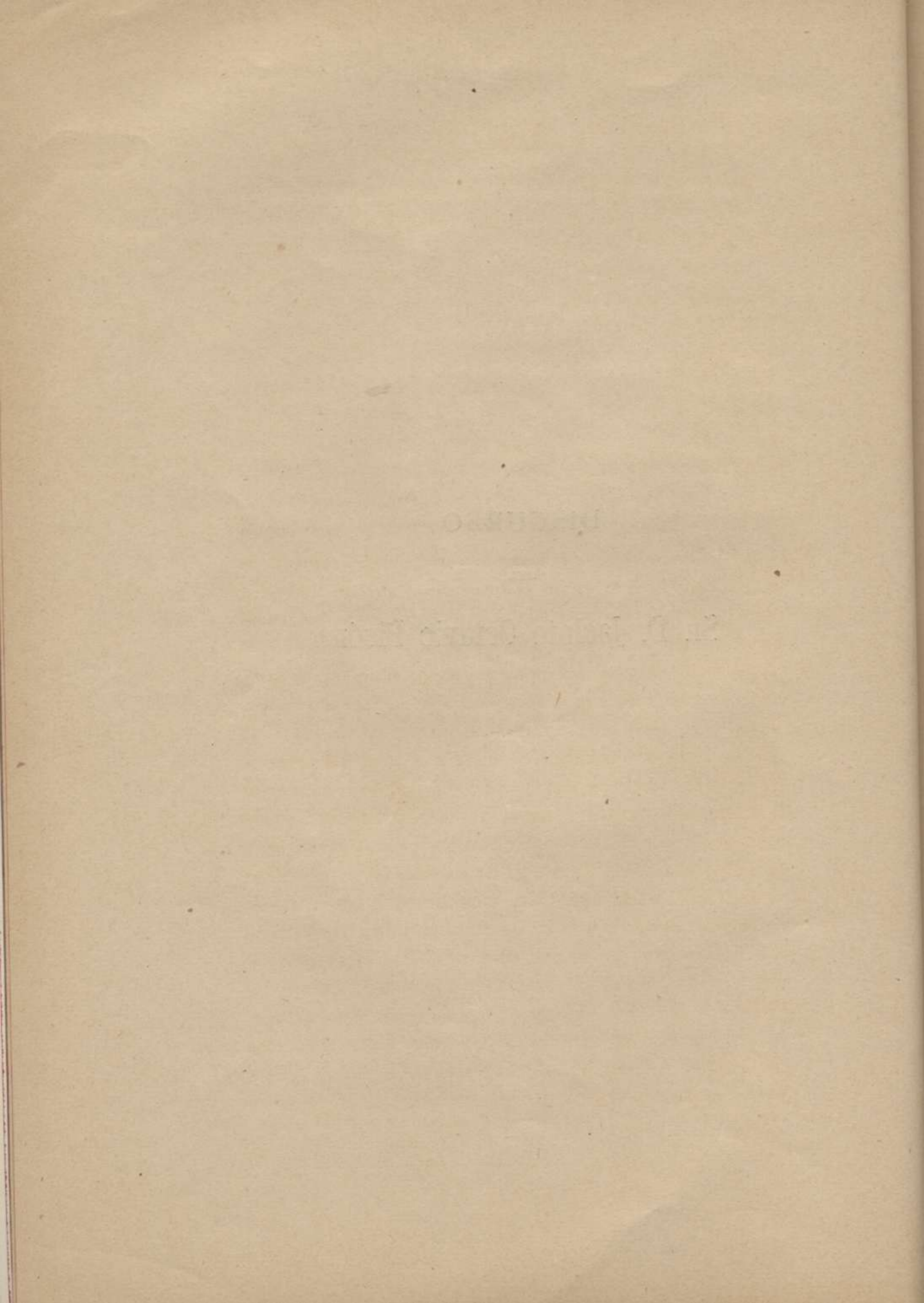
ROBERT H. DICK

CHICAGO, ILLINOIS

DISCURSO

DEL

Sr. D. Jacinto Octavio Picón.



SEÑORES ACADÉMICOS:

Si es siempre honroso llevar la voz de esta Academia, lo es más cuando se trata de ensalzar una gloria de la Patria, pues parece que para tal empleo debierais escoger entre vosotros la inteligencia más clara, el ingenio más ilustrado, la pluma más castiza: y, sin embargo, me habéis escogido á mí. Buscasteis intérprete premioso y torpe para expresar lo que sentís; pero obedezco, agradecido, porque adivino el móvil de vuestra determinación. Y es que los artistas, los profesionales, sabéis harto que con vuestra labor habitual, con cargar la paleta, mojar el barro, tomar el tiralíneas, manchar el pentagrama, os ocupáis constantemente en honra y prestigio de esta Corporación: la naturaleza de vuestras obras es siempre causa de gloria para esta Casa. Los escritores, cuyo trabajo no parece tan ligado á la índole de su instituto, tenemos menos ocasiones de servirla; y habéis querido proporcionarme una, confiándome el encargo de hablaros del *Quijote* y de Cervantes. La labor es para mí tan recia, que quedaré malparado de ella; pero no la esquivo, seguro de que, si no acertasteis al escogermé, seréis indulgentes al juzgarme. Acepté presto, acabaré pronto; tenedlo en cuenta.

Se equivocará quien crea que es injustificada vuestra intervención en el Centenario que ahora se celebra, porque consagrada esta Academia al estudio de las artes del dibujo, y siendo Cervantes escritor, queda, al parecer, fuera de su jurisdicción y competencia. No: las artes todas se invaden y compenentran buscando y encontrando unas en otras, por sendas misteriosas, lo que acaso separadamente á cada una le falta para expresar la impresión que produce al hombre la belleza: tanto monta el cuadro pintado como el capítulo escrito, ambos se completan, y donde uno no alcanza llega otro: la *descripción de la Edad de Oro* es pintura hecha con palabras; el cuadro de *Los borrachos*, escena descrita con líneas y colores; los cabreros que escuchan á D. Quijote, los gañanes que rodean al Baco lugareño, están envueltos en el mismo ambiente de realidad, creado por la imitación de la Naturaleza. ¿Qué más da reflejarla con palabras que con trazos? Para expresar la rotunda perfección de una frase decimos, vulgarmente, que es escultural; para elogiar una idea gráfica la llamamos pincelada; y es que la gota de tinta, pronta á transformarse en palabra, el tubo de color con que se creará la apariencia del cuerpo, el barro que bajo los dedos tomará forma, los sonidos que esperan á que la inspiración los module y acorde para expresar la idea musical, hasta la piedra que aguarda en la cantera quien la talle para crear con líneas y masas la soberana euritmia de las proporciones, no son más que medios para hacernos percibir la belleza: quien, sea como fuere, la siente y consigue que la sintamos, quien nos hace reir ó llorar con los seres que concibe ó imita, quien por los oídos ó los ojos toma el camino del alma y se enseñorea de ella, ése se llama artista. Por eso Cervantes es nuestro: pintó con el estilo, esculpió con la frase, dió al lenguaje armonía, y con ideas más duraderas que sillares construyó un monumento donde existe todo linaje de belleza: la que se

copia de la realidad y la que brota del espíritu; la que de priesa concibe la fantasía y la que lentamente elabora la razón; la que materializando el pensamiento parece dar plasticidad á lo escrito, para que sea más intensa la ilusión de lo fingido, y aquella otra belleza, casi virtud, que á veces, al través y á despecho de lo deforme y lo feo, depura el sentimiento y ennoblece la conciencia.

Está fuera de duda que debemos aquí contribuir á enaltecer la memoria de Cervantes, pero ¿cómo? ¿Relatando su vida? ¿Recordando su obra?

La biografía de Cervantes, tal como debe hacerse, según las razonadas exigencias de los estudios modernos, no cabe en los límites de una sesión académica ni es para confiada á un mero escritor de costumbres como yo, sino que pide mucho tiempo, todo un libro y un crítico de alto vuelo que sea, además, gran investigador ó posea tino y perspicacia para cerner y aprovechar la investigación ajena.

Antes, la biografía de un gran ingenio no exigía extraordinario esfuerzo en quien hubiera de escribirla; los aficionados se contentaban con poco: unos cuantos datos y noticias acerca de la fecha y lugar del nacimiento del personaje, mención de sus comienzos y maestros, referencias á los protectores que tuviera ó la lucha que sostuviese contra la adversidad por no tenerlos, y alguna anécdota más ó menos probada que diese idea de índole y carácter, eran elementos bastantes á satisfacer la curiosidad del vulgo estudioso. Sobre esto se edificaba luego un mundo de conjeturas y suposiciones: así, las biografías hechas durante un largo período, están escritas: primero, sin tener en cuenta el medio social, las costumbres ni el carácter de la época en que vivió el biografiado, y luego, llenas de deducciones caprichosas: quienes las componían, cuando les faltaba certeza, abusaban de cuantos giros y rodeos denotan posibilidad, diciendo á cada paso: «fácil es colegir»,

«nada se opone», «bien pudiera ser», «acaso por aquel tiempo», «quizá por entonces», empleando mil recursos para persuadir de lo que no podían probar, y hacer creer aquello de que no estaban seguros. Hoy, al contrario, quien acomete la empresa de escribir la biografía de un ingenio célebre, comienza por restaurar ante el lector, aunque sea generalizando y á grandes trazos, la sociedad y costumbres de su tiempo; construye el teatro en que representó papel, y después lo retrata, no aislado y solo en las páginas del libro, sino con rigurosa sujeción á lo que de él probablemente se sepa, rodeado de sus contemporáneos, respirando el ambiente intelectual que acertó á expresar ó al que supo adelantarse: en resumen, colocado en condiciones que permitan apreciar lo que fué privativamente suyo y lo que le dió ó acaso le mermó su época; lo que la vida influyó en él y cómo entendió él la vida, único modo de comprender el alcance de las obras y aquilatar las facultades de los grandes artistas, para que el entendimiento y la sensibilidad saquen de ellas el jugo que da la enseñanza y el placer que proporciona la belleza.

Esta labor difícilísima exige diversas y hasta opuestas aptitudes, porque en ella, para que resulte fecunda, han de hermanarse la paciente tenacidad del investigador y la rápida clarividencia del crítico; algo que radica en la calma para inquirir sin cansarse, y algo que procede de la rapidez maravillosa con que en cosas de arte el instinto se anticipa al entendimiento.

Á quien tiene esas condiciones, los libros viejos y los documentos borrosos, los estantes polvorientos y los legajos comidos de humedad, los áridos registros y los cansados índices le van descubriendo el dato que era desconocido, la fecha que parecía dudosa, la noticia que permanecía ignorada; de entre los pliegos de papel amarillento que encabezan

cruces y autorizan sellos; de entre las líneas tortuosas escritas con tintas pardas y rojizas; de entre números que semejan signos misteriosos y rúbricas que parecen arañas; de entre aquella vetustez y abandono, que tiene mucho de la muerte, y, lo que es peor, del olvido, va surgiendo todo lo que representa el trabajo, el pan, la esperanza, la gloria de los que vivieron y sufrieron primero que nosotros, y va apareciendo también lo que calma, lo que satisface nuestra ansia de saber: la verdad deseada, verdad que no está sólo en la noticia, en el dato, en el hecho, sino en lo que nuestro juicio deduce de ellos, arrancando su secreto al origen de los sucesos y las obras para sorprender el pensamiento y desnudar el alma de las sociedades muertas; y, por cima de todo, hay que contemplar lo pasado con absoluta independencia de criterio, con serenidad de espíritu, no midiendo las cosas y los hombres que fueron con el rasero de nuestras ideas de ahora, sino puesto el pensamiento, para que sea justo, en los ideales de antaño.

Ya veis si son precisos tiempo, trabajo y facultades para escribir hoy la vida de un genio como Cervantes. Pero no siendo ello exigible á este instituto, ni propio de esta ocasión, ni menos aun de mis fuerzas, hay otro modo de honrarle más breve, modesto y á mi alcance: y es procurar que le recordéis, no con el trabajoso análisis del investigador y del crítico que han de probarlo y justificarlo todo, sino utilizando sencillamente lo que de él se sabe, para bosquejar un estudio de retrato ó intentar una impresión de color; algo conforme y adecuado á nuestra índole de artistas.

Para esto no hacen falta archivos, documentos ni libros: basta que, ayudada por la memoria de lo leído, surja ante nuestros ojos aquella figura de soldado y poeta, pintor de costumbres y creador de almas, con la cual forzosamente se encariña quien la estudia, porque en ella resplandecen jun-

tas la potencia intelectual que subyuga el pensamiento y la índole moral que satisface á la conciencia. Yo no conozco amargura más grande que la de no poder estimar como hombre á quien se admira como artista: por eso, prescindiendo de su excelsa intelectualidad, creo que debemos á Cervantes todo el amor que los vivos pueden tener á los muertos, porque lo que se sabe de su vida nos autoriza á creer que además de un gran hombre fué un hombre bueno.

El culto á la justicia que revela su libro inmortal no está desmentido por sus acciones: fué desventurado, sin que la tristeza le agriase; no le hizo pesimista la desgracia ni rencoroso el infortunio: sufrió lo que más puede acibarar á un ingenio soberano, que es verse, aunque reconocido por el vulgo, puesto en duda por sus iguales: al escribir, la melancolía del pensamiento se le trocaba en risa, el amargor en regocijo: su sátira no es malévola, su ironía no es cruel: quizá en su alma el dolor hiciera noche cerrada; pero las lágrimas, al caer sobre los pliegos que iba llenando, no le pervertían las ideas: así, lo que es relente malsano cuando reina la obscuridad en el espacio, con la luz del alba se trueca en agradable rocío. Decid si conocéis mayor alteza de espíritu que la necesaria para pagar en alegría lo que se recibió en desventura.

Nació casi al mediar el siglo xvi, que es el más glorioso de nuestra España. Paseaban sus banderas por Europa capitanes insignes: Navarro y Leyva, Espinosa y Verdugo, Alba y Requesens, D. Juan de Austria y Alejandro Farnesio. Sabios españoles eran llamados á explicar en las Universidades de Italia, Francia é Inglaterra: maestros extranjeros venían á consagrar su fama dando lecciones en la Casa de Contratación de Sevilla. Las verdades científicas, aunque no fuesen patrimonio del vulgo, tenían cultivadores con prestigio suficiente para que sin tanta dificultad como en otros pueblos triunfa-

ran aquí las teorías que el cálculo y la observación iban fundando. La Universidad de Salamanca fué la primera de Europa que abrió clase para explicar la luz y el magnetismo; la primera que, adoptando el nuevo sistema del mundo, dijo en sus estatutos: «Leáse Nicolao Copérnico.» Aquí Benito Pereira se rebeló contra toda autoridad científica que no estuviese fundada en el juicio y la observación, y no halló enemigos la doctrina de Galileo, que usaba telescopios hechos en España y á quien animaban á luchar contra la adversidad las cartas del obispo Guevara, casi por los mismos años en que Guicciardini, aludiendo á la intolerancia italiana, afirmaba que «el cielo de Roma era muy peligroso para los que escribían novedades». Eran nuestros marinos no meramente prácticos, sino científicos, como aquel Vasco de Piña, que calculó las declinaciones del sol para la isla de Santo Domingo. Teníamos geógrafos como aquel Pedro Esquivel que emprendió la descripción de España aplicando la triangulación á la geodesia: geómetras y astrónomos como Jerónimo Muñoz, que hizo la nivelación de los ríos y observó el cometa de 1572, determinando la latitud de Valencia con la misma exactitud que hoy, lo cual no le ha librado de que un escritor moderno le haya llamado Mugnozzio, creyéndole italiano. En nuestro suelo se había establecido el primer manicomio de Europa, y por primera vez practicado la caritativa enseñanza de los sordo-mudos. Tal era el entusiasmo por la instrucción, que las Ordenanzas de Mondoñedo llegaron á castigar con tres años de destierro á los padres que no enviasen á la escuela sus hijos de seis años arriba, y un procurador en Cortes por Murcia, al llegar á Madrid, abría en su posada cátedra de Astronomía. Tuvimos en Medicina y en Ciencias naturales maestros que pueden ser considerados como precursores del positivismo: aquel Sabuco que con el nombre de su hija publicó libros donde, según Feijóo, se anticipó á Renato Descar-

tes en la opinión de constituir el cerebro por único domicilio del alma racional: aquel Juan de Dios Huarte, que á vueltas de salvedades y protestas de fe llegó á insinuar la idea de que la perfección intelectual de Cristo pudo ser resultado de una admirable organización fisiológica.

No: lo que se ha llamado nuestra leyenda de oro no es mentira; pero es más cómodo negarla por desaliento que estudiarla con amor. Si hoy afirmamos por verdad indiscutible que los ejércitos que triunfan son los de los pueblos más estudiosos, ¿por qué negar nuestra ilustración y cultura cuando éramos en todas partes vencedores?

Amilanados por las desgracias presentes, incurriendo en el error de dar al pesimismo efecto retroactivo, negamos ó dudamos de todo esto y muchísimo más que aquí no cabe; pero que aquella civilización no es fábula creada por vanidoso sentimiento de amor patrio, lo demuestra la observación de que sólo en un ambiente donde, más ó menos difundidos, existen ciertos elementos de saber, puede escribirse como escribió Cervantes. Porque él no sería consumado geógrafo, ni físico, ni cosmógrafo, ni letrado, ni médico; mas su prosa descubre conocimientos generales, principios, rudimentos, bases de una ilustración, si no intensa y honda, general y variada, la cual por sí solo no pudo adquirir, cuyos orígenes están en aquellos maestros que fundaron la ciencia española, mientras los grandes capitanes creaban la gloria de nuestras armas.

Si aceptamos para unas cosas la influencia del medio social, no es lógico rechazarla en otras. Nadie puede negar que con el roce y trato del mundo, andando hoy entre señores, mañana entre villanos, viajando con mercaderes, combatiendo con soldados, estudiando á moriscos, clérigos, hidalgos y estudiantes, trazó Cervantes el cuadro de su época. Así también, aprovechando el común caudal de los conocimientos de entonces, mediante aquella cultura, pudo formarse la suya;

y, sin llegar á ser sabio, supo hablar de todo sin desbaratar en nada.

El período en que floreció abarca desde lo más esplendoroso de nuestra historia hasta el comienzo de lo más desdichado. Reinando Felipe II asistió en Lepanto; reinando Felipe III presencié las famosas fiestas de Valladolid en celebración del nacimiento de Felipe IV, verificadas entre hambre y peste, para las cuales nombró el Rey comisiones compuestas de un gentilhombre, un clérigo y un cura de cada parroquia que recorrieran la población pidiendo á los vecinos que diesen lo que tuvieran voluntad, *no siendo menos de cincuenta reales*.

Por tan vasto y abigarrado teatro de grandezas y miserias cruzó Miguel de Cervantes, quedando, no ignorado, pero sí mal comprendido, llevando por compañera inseparable la desgracia, por consuelo la risa; dejándonos ese libro sin igual que así sirve para distraer las horas del que se aburre, como para llenar de ideas la mente de quien sabe meditar.

Del conjunto de las biografías de Cervantes, desde la de Mayans hasta las hechas en nuestros días, incluyendo la inapreciable colección de documentos descubiertos y los discretísimos comentarios escritos por Pérez Pastor y las *Efemérides Cervantinas*, de Cotarelo, resulta que todavía quedan, y acaso quedarán siempre, en su vida períodos ignorados, partes envueltas en la triste sombra que rodea la memoria de los hombres cuando sus contemporáneos no supieron apreciarlos en tanto cuanto valían.

Pero esto importa menos de lo que parece. Esas lagunas, esas soluciones de continuidad en el conocimiento de su existencia, aunque sirvan de quebradero de cabeza á investigadores y eruditos, en nada entorpecen el trabajo de la crítica ni merman la admiración de la posteridad; porque además de que sus obras dicen mucho de sus condiciones, se sabe ya

de Cervantes cuanto hace falta para apreciar en qué medida las vicisitudes padecidas por el hombre contribuyeron á formar ó modificar la personalidad del escritor. En otros cabe establecer separación entre lo moral y lo intelectual; en él está patente que concibió sus obras siendo desdichado, y está claro que no hay en ellas amargor de espíritu, antes al contrario, en medio de las penas se mantuvo sereno, tomando á broma aquéllas injusticias humanas que son en los corazones vulgares semilla de odio y de rencor. Por eso, ahora que pedimos sinceridad en la producción artística, hemos de creer que fué sincero quien nunca intentó salir de la pobreza por la puerta falsa de la villanía, quien tuvo al infortunio por constante compañero, sin escuchar de tan peligroso amigo los consejos que fácilmente transforman la estrechez honrada en bienestar indecoroso.

No ignoro que hay ahora cierta corriente en los estudios críticos que tiende á reconocer la independencia absoluta entre la capacidad artística y el sentido moral; y no ando yo lejos de ella: hartó sé que, como entre las grietas de las peñas puede brotar una flor admirable, un hombre malo puede hacer una obra artística de singular hermosura; pero al leer en la soledad de mi cuarto, al experimentar la emoción que causa lo bello y desmenuzarla para saborearla mejor, siempre me reservaré el derecho de encariñarme más con el artista caballero que con el genio encanallado.

Quedamos, pues, en que debe ser grande nuestra admiración hacia los que procuran presentarnos reconstituída día por día, hasta en los menores detalles, la existencia de Cervantes; pero también en que de él se sabe lo bastante para juzgarle.

No importa que se ignoren sus primeros años y el lugar de sus primeros estudios, hasta que bajo la protección del maestro Juan López de Hoyos publica versos en honor de la reina

D.^a Isabel de Valois, mujer de Felipe II; no importa que no se sepa de fijo si al volver del cautiverio, y á pesar de estar manco, se alistó de nuevo, yendo con D. Álvaro de Bazán á la empresa de las Terceras; y aunque fuera interesantísimo conocer cómo vivió desde que se pierde su rastro en Sevilla, hacia 1598, hasta que aparece en Valladolid en 1603, contémoslos, por ahora, con estar ciertos de que aquel ingenio, que pudo, como otros de su tiempo y de siempre, vender la pluma á la adulación y la lisonja, vive tan pobre, que, siendo mozo, hacia 1570 entra á servir de camarero á un Cardenal; al año siguiente sienta plaza en los tercios de Italia, y después de batirse y ser cautivo, tiene en 1583 que empeñar á un genovés, por cuenta de su hermana, cinco paños de tafetán; en 1590 acepta comisión del contratista de las galeras reales para sacar aceite de Carmona, con salario de doce reales, que luego le rebajan á diez; en 1603 firma un recibo de la ropa blanca que cosían las mujeres de su casa, y en 1613, después del éxito de la primera parte del *Quijote*, vende el privilegio para imprimir las *Novelas Ejemplares*, ¡en mil seiscientos reales!

Si es indudable que la fortuna le fué adversa, en desquite la Naturaleza le otorgó á manos llenas las cualidades que inspiran nobles acciones y sentimientos generosos. Á despecho de la fiebre deja la cámara de su galera para combatir el día de Lepanto; y cuando, siendo esclavo, fracasa la fuga que tenía preparada, espontáneamente se presenta al Rey moro, atrayendo sobre sí toda la culpa para evitar el castigo de sus cómplices y amigos.

Acontece en el hombre ir hermanadas ciertas virtudes: quien es capaz de ejecutar hasta lo heroico, suele agradecer hasta lo pequeño; y así fué Cervantes. En los versos y en los prólogos de sus libros, parece que se deleita reconociendo deudas de gratitud con nobles frases, en que van comprendi-

dos desde el Conde de Lemos y el arzobispo Sandoval, hasta el comediante Pedro de Morales. Los capaces de agradecer lo son también de perdonar. Lope le zahiere, y él le prodiga elogios; los Argensola le olvidan después de brindarle protección, y él los alaba. Si alguna sombra hubo en ciertos episodios de la vida de Cervantes, esclarecidos todos, queda su fama limpia. Pudo ser alcanzado en cuentas mientras anduvo de comisario del contratista Guevara para sacar aceite de Carmona; pero indudablemente no se le juzgó culpable, cuando, luego de retirarse aquél, los dos empleados que le suceden en el cargo, primero Pedro de Insunza, luego Miguel de Oviedo, le mantienen á su servicio. Se le excomulga en Écija por apoderarse de trigo de personas eclesiásticas para aprovisionamiento de tropas, y no prosigue la causa ante el Tribunal diocesano porque no hizo el acusado sino cumplir órdenes superiores en servicio del Rey. Se le procesa en Valladolid por la misteriosa muerte de D. Gaspar de Ezpeleta, y de los autos ahora publicados resulta que no fué sino víctima de la torpeza de la curia.

Estas y mayores aflicciones tuvo que soportar; mas tal debía de ser su temple, que ni el sedimento de tristeza que le dejara en el alma tanto correr tierras, adquiriendo triste experiencia, ni la falta de perspicacia en sus contemporáneos para descubrirle, ni la indiferencia cuando le conocieron, ni siquiera la injusticia cuando le menospreciaron, pudo enturbiar su ánimo sereno.

Francisco Márquez de Torres, en la aprobación que puso á la segunda parte del *Quijote*, cuenta que «habiendo ido el Ilmo. Señor Don Bernardo de Sandoval y Rojas, Arzobispo de Toledo, mi señor, á pagar la visita que á su ilustrísima hizo el embajador de Francia, que vino á tratar cosas importantes á los casamientos de sus príncipes con los de España, muchos caballeros franceses de los que vinieron acompañando al em-

bajador, tan corteses como entendidos y amigos de buenas letras, se llegaron á mí y á otros capellanes del Cardenal mi señor, deseosos de saber qué libros de ingenio andaban más validos, y tocando acaso en éste que yo estaba censurando, apenas oyeron el nombre de Miguel de Cervantes, cuando se comenzaron á hacer lenguas, encareciendo la estimacion en que así en Francia como en los reynos sus confinantes se tenían sus obras: la *Galatea*, que alguno de ellos tiene casi de memoria; la primera parte de ésta, y las *Novelas*. Fueron tantos sus encarecimientos, que me ofrecí llevarles que viesen al autor de ellas, que estimaron con mil demostraciones de vivos deseos. Preguntáronme muy por menor su edad, su profesion, calidad y cantidad. Halléme obligado á decir que era viejo, soldado, hidalgo y pobre; á que uno respondió estas formales palabras: *¿Pues á tal hombre no le tiene España muy rico y sustentado del erario público?* Acudió otro de aquellos caballeros con este pensamiento, y con mucha agudeza dijo: *Si necesidad ha de obligar á escribir, plega á Dios que nunca tenga abundancia, para que con sus obras, siendo él pobre, haga rico á todo el mundo.»*

Y, sin embargo, Cervantes murió pobre. Si quisiera vengarse del daño que le hizo el mundo, fácil le habría sido pintar á su loco adorable sin amor ni piedad. No explicación, hasta disculpa hubiera tenido que el hijo de su fantasía, engendrado entre privaciones y dolores, saliese, aun á despecho suyo, atrabiliario y sombrío, pérfido y rencoroso; pudo ser loco maligno y despiadado, que con hechos y palabras pusiera de relieve la perversidad humana; lo hizo él alegre y bondadoso, cortés y agradecido, sin otras señales de demencia que poetizar á una zafia lugareña para amarla, como si hubiese sido capaz de comprenderle, y recorrer el mundo deshaciendo entuertos, como si esto fuesen los hombres capaces de tolerarlo.

Harto sabéis lo que le ocurrió: á Aldonza Lorenzo, la *Dulcinea* de su corazón, ni siquiera logró verla; la justicia, aquella otra *Dulcinea* buscada por su conciencia, le costó todo linaje de desdichas; pero ni dejó de amar á la que suponía beldad, ni dejó de luchar por la que imaginó justicia.

Lo que Cervantes se propuso al escribir el *Quijote* está, para mí, fuera de duda: no quiso más que poner en ridículo los libros de caballerías. Respeto la opinión de aquellos que lo interpretan de distinto modo, y envidio el ingenio de algunos que hacen verdaderos prodigios aclarando misterios imaginarios; pero al mismo Cervantes me atengo, y él dice, no una, sino varias veces, que ese fué su propósito.

Mas para apreciarlo bien conviene recordar en pocas palabras lo que fueron los libros de caballerías.

En el ciclo bretón con el rey Arturo y los caballeros de la Tabla Redonda, en el ciclo carlovingio con Carlomagno y los doce Pares de Francia, está el espíritu poético de la Edad Media: son la expresión de lo más puro que los pueblos pudieron amar entonces. Después, aquellas hazañas, que tenían carácter épico y tradicional, al alejarse de su origen, al pasar de la raza que las produjo á otros tiempos y otras razas, se bastardearon, transformándose en un género de literatura falso y anacrónico: lo que había sido reflejo de alma colectiva se convirtió en labor de imaginación: al ensueño popular, fundado en la tradición más ó menos real, sucedió la creación de la fantasía. Entonces nacen los héroes quiméricos é inverosímiles, los Amadises y Palmerines de quienes es parodia *Don Quijote*. Cervantes sintió como nadie la grandeza moral del espíritu caballeresco, que rendía culto al honor, á la piedad, al amor; que cuando la fuerza lo era todo, ponía su brazo al servicio de la debilidad y la razón; pero viéndolo pervertido en los libros de caballerías, arremetió contra ellos.

El proceso mental que dió origen al *Quijote* está claro á mis ojos. Aquellos libros, que hoy tienen relativo interés para el curioso y el bibliófilo, debieron parecer á las gentes sensatas escritos con empeño de proscribir la naturalidad y hasta la verosimilitud. Lo poético era en sus páginas falso, lo sentimental ridículo, lo vigoroso cruel, lo feo repugnante. La continua y monótona descripción de combates, desafíos, milagros y encantamientos, no dejaba espacio á la pintura de tipos, al estudio de las almas ni al reflejo de las costumbres. Eran, en una palabra, tales novelas calumnia de la Naturaleza, porque todo lo desfiguraban y mentían. La complejidad y variedad propia de lo humano desaparecía en seres concebidos por imaginaciones alocadas que prescindían en absoluto de imitar la vida: cada caballero andante un héroe perfecto; cada señora de sus pensamientos una beldad ideal; cada mago encantador un monstruo de perfidia; cada escudero un dechado de fidelidad; los paladines, todos enamorados, las dueñas todas, terceras, y las doncellas, todas prontas á dejar de serlo: y por escenario para estos personajes, perpetuamente amenazados de ensalmos, cuchilladas, filtros y transformaciones, el mundo de la mentira: bosques fantásticos, descomunales batallas, palacios maravillosos, lagos de fuego, ríos sin márgenes, caminos poblados de dragones y endriagos, coros de brujas y acompañamiento de fieras.

Alguna disculpa, alguna explicación tienen, sin embargo, aquellos deformes engendros. En primer lugar, su ruda y sobrenatural poesía era muy á propósito para seducir á gentes ignorantes sujetas á perpetuo batallar, y por la exaltación religiosa preparadas á todo desorden imaginativo. Además, esos libros aparecieron poco después del descubrimiento de la imprenta, al terminar los siglos más belicosos de la historia de Europa, y fueron casi los primeros que dieron á los pueblos el placer de la lectura: los hombres se embriagaron con ellos

como con un vino turbador y peligroso, y la embriaguez fué general. Todo el mundo los leía. En la biblioteca de Isabel la Católica, entre los Evangelios y los Misales, junto á las *Partidas* del Rey Sabio, las *Crónicas* y los *Fueros*, estaban *Lanzarote del Lago* y *La demanda del Santo Grial*. Don Diego Hurtado de Mendoza viajaba con el *Amadís* en el portamanteo; Carlos V, aunque se viese obligado á dictar pragmáticas contra esta literatura, se deleitaba haciendo que le leyesen las aventuras de *Don Belianis de Grecia*, que son de las más disparatadas. Aunque parezca increíble, con vidas de santos se escribieron libros de caballerías llamados á lo divino, como la *Caballería Celestial*, de Jerónimo Samp Pedro, y *El caballero Asisio*, vida de San Francisco de Asís, en forma de poema, del fraile Gabriel de Mata: hasta es fama que, durante su primera juventud, nada menos que Santa Teresa de Jesús, que fué aficionada á ellos, escribió un libro de caballerías.

En vano los espíritus cultos, las Cortes y los reyes protestaban de tamañas insensateces. Luis Vives, Alejo Venegas, Diego Gracián, Melchor Cano, Fr. Luis de Granada y Arias Montano, los combatieron rudamente; Malon de Chaide los llamó libros, no de caballerías, sino de bellaquerías; las Cortes pidieron que se recogiesen y quemasen. Todo fué inútil: *Tirante el Blanco* y *D. Florisel de Niquea*, *Lisuarte de Grecia* y *D. Felixmarte de Hircania*, *Primaleón*, *Florando* y otros cien de su menguada ralea, siguieron divirtiendo la fantasía popular, enseñoreados de ella; hasta que, para acabar con todos, vino al mundo *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*.

No temáis que, traspasando los naturales límites del encargo que me habéis dado, intente hacer el análisis del *Quijote*, ni me atreva á recordaros todas sus bellezas; no podría lo primero, ni lo segundo es menester. Pero al modo

que, nombrando una mujer muy hermosa, no es fácil resistir á la tentación de decir y alabar lo que más en ella nos cautiva, así al hablar de una obra como ésta no hay manera de sustraerse al impulso de mencionar lo que más en ella nos seduce; y yo os declaro que, en mi humilde opinión, su mérito principal está en la admirable armonía que acertó el autor á establecer entre el pensamiento y la forma de su libro.

Cervantes lanza en busca de aventuras al desdichado hidalgo á quien han trastornado el seso las estupendas proezas de Palmerines y Amadises, emparejándole con el crédulo labrador á quien toma por escudero; pero no los pone en edad fabulosa, ni en región imaginaria, sino en el tiempo en que él y ellos vivieron, en su patria misma; así que, en vez de tropezar con lo imaginado y fantástico, tropiezan con lo real y positivo.

Presentó en *Don Quijote* el desvarío de la caballería andante: en *Sancho*, la insensatez de quien le daba crédito; y juntos los echó á correr tierras, haciendo que interviniesen en situaciones varias, anduvieran por medios sociales distintos, y en todas partes se estrellasen contra la realidad. Desde el más ruin lugar hasta el más rico palacio no hay para su locura y credulidad día tranquilo. En la venta, donde el amo entra creyendo que es castillo, y el escudero le sigue á sabiendas de que es venta, palos y puñadas; en casa de los Duques, donde uno se deja guiar por vanidad de ser honrado, y otro por ansia de verse regalado, despiadadas burlas peores que los golpes; y así van día tras día por campos y caminos, uno sin que se le aclare la manía, otro sin que se le corrija la simpleza. Pero es en ellos tan intensa la vida, tan variado y divertido lo que les pasa, está lleno de tan sabrosa enseñanza, que consigo nos llevan página tras página maravillados y suspensos; porque aquel hidalgo que tiene perdido el juicio y aquel rústico que tiene el entendimiento sin pulir,

dicen las más sesudas razones y los donaires más discretos. Así se compenetran el pensamiento generador del libro y el desarrollo de la acción que es su forma.

Luego, insensiblemente, se van perfeccionando ambas figuras. El loco llega á no conservar de su demencia sino lo que se refiere á la maldita caballería; el que creíamos simple se va afinando, y por entre asperezas del egoísmo y la codicia, muestra señales de buen sentido y de prudencia. Entonces nos enteramos de que aquellos dos hombres, á pesar de su sinrazón y su tosquedad, valen más que cuanto les rodea, y nos encariñamos con ellos. Nuestra admiración es unas veces gratitud, por lo que nos divierten; otras, por lo que nos enseñan. El ridículo caballero andante, el ignorante labrador, sin dejar de ser de carne y hueso, sin perder un punto realidad, crecen y se agigantan, llegando á parecer figuras representativas.

Cuando esto sucede, sin que en el curso de la fábula se pueda precisar el momento, al ver que cuanto amo y criado piensan y dicen revela manifiesta oposición y adquiere cierto sello de generalidad, cual si sus caracteres fueran suma y compendio de dos distintos rumbos del pensamiento humano, entonces, involuntariamente, acaso nos inclinamos á considerarlos, no como vulgares individuos, sino como diversa encarnación de opuestas aspiraciones de la humanidad. Según vamos atisbando en ellos divergencia y contradicción, que á cada paso expresan con más ingenio y gracia, los creemos antagónicos, llegando á imaginarlos como la doble y contraria representación de dos opuestos conceptos de la vida, y hasta creemos descubrir en la pareja que forman el dualismo que compone nuestro ser. Y á medida que se apoderan de nosotros, causándonos mayor deleite, les atribuimos más alta significación; vislumbramos en uno el espíritu poético, en otro el sentido prosaico; *Don Quijote* se nos antoja como intér-

prete y brazo de la conciencia humana, rebelde á toda imposición social que tiene por injusta; *Sancho*, como encarnación de aquel sentido práctico que, apegado á lo real, desconfía de todo idealismo.

Pero mientras nosotros divagamos, ellos, independientes del trabajo de nuestra mente, no pierden un segundo su condición de caracteres humanos, de simples mortales, y si nos interesan tanto, es porque hay en ellos mucho de nosotros mismos. Abre tan ancho campo á la imaginación el admirable libro, sugiere tanto, que no sólo dice lo que Cervantes puso en él, sino que además parece que nos autoriza á ver en sus páginas lo que fermenta en nuestra fantasía. Haced la prueba: después de leer cualquier capítulo del *Quijote*, dejad volar el pensamiento y creeréis que soñáis; abrid de nuevo el tomo y caeréis en plena realidad. Por eso he creído siempre que convirtiendo en símbolos á *Sancho* y *D. Quijote* se les roba intensidad de vida; cuanto más hombres me parecen, más grandes y más conformes al genio profundamente naturalista de Cervantes. No era propio de él usar como elementos artísticos lo esotérico y misterioso; antes al contrario, se complacía en lo claro y sincero. Para acabar con los desaforados engendros de los libros de caballerías, imaginó un tipo en quien se retratara todo lo ridículo del caballero andante, otro en quien se compendiasse la inferioridad mental de quien lo tomara en serio; mas lo hizo con arte tan soberano, que en vez de dos figuras literarias creó dos hombres de carne y hueso; nosotros nos identificamos con ellos, somos á ratos *D. Quijote* ó *Sancho*, les atribuimos nuestros vagos idealismos, y pensamos cándidamente que así los engrandecemos.

Se ha dicho que el *Quijote* es un libro de fondo amargo y pesimista porque en él se pinta loco á quien se obstina en luchar contra la maldad y la injusticia; porque grandes y pequeños hacen infecundo su valor y escarnecen su magnani-

midad; porque el hidalgo manchego queda siempre vapuleado y maltrecho.

— Nada autoriza á suponer ese pesimismo. ¿Qué importa que *D. Quijote* sea víctima de su locura, si precisamente por ella enamora nuestro ánimo y lo cautiva? ¿Cómo puede pecar de sombrío y descorazonador, aunque sea vencido, quien da ejemplo de grandeza de ánimo y blandura de corazón? Galeotes le apedrean, mozas le burlan, hechiceros le encantan, villanos le insultan, yangüeses le apalean, hasta su escudero le engaña; jamás logra ver á la dama de sus pensamientos, y, sin embargo, en él la valentía no se arredra, la bondad no se debilita, la esperanza no decae, el amor no desfallece.

— Cuando recobra la razón, muere tranquilo, porque, á pesar de su locura, jamás tuvo voluntad de hacer daño ni cedió al egoísmo. Y esto, ¿puede inspirar tristeza? ¿Cabe alegría más sana que la que deja en el espíritu la esterilidad del mal?

— Aparte su valor ético y su mérito artístico, tiene para mí el *Quijote* otra excelencia: creo que es un libro donde se aprende á amar á España.

— Conviene hoy andarse con cautela para alardear de patriotismo, pues de una parte los que atribuyen nuestros infortunios y nuestro atraso al ciego amor de lo nacional, y de otra los que suponen dar muestra de superior cultura, prefiriendo siempre lo extraño, ello es que, por desgracia, no son pocos los que hablan mal de la España de hoy, desconfían de la de mañana y hasta dudan de la de ayer. Esos, todos, deben estudiar el *Quijote*. No hay en él, que yo recuerde, una sola página que concretamente pueda calificarse de excitación al patriotismo, y, sin embargo, el libro entero hace pensar con hondo amor en España. Cuantos personajes principales ó episódicos intervienen en la acción, los grandes á pesar de las preocupaciones de época y de clase, los pequeños á despecho de su ignorancia y rudeza, todos revelan las facultades y ap-

titudes de una raza que ha llenado siglos con su historia, y que si fué grande por la fuerza y la fe, puede también llegar á serlo por el trabajo y la razón. Leyendo el *Quijote*, al través de los errores é intransigencias de antaño, se descubren cualidades del carácter nacional susceptibles de fácil aprovechamiento, capaces de todo desarrollo.

Observando los personajes secundarios y episódicos, por cuanto hacen y dicen en ventas, palacios, montes y caminos, se puede conocer la índole del alma nacional y se aprende á no despreciarla, porque lo que en ella no está bastardeado por la ignorancia, es bueno, y lo digno de censura no es peor que en la de otras naciones: á veces nos acusamos como españoles, de lo que pecamos como hombres.

Nuestras prendas y deficiencias morales son hoy las mismas que en sus dos héroes principales retrató Cervantes; errores y virtudes guardan indudable parecido con los de *Sancho* y *D. Quijote*. Persistimos en el apego á lo vulgar, prosaico y utilitario del primero; en la arrogancia inoportuna y el desorden imaginativo del segundo, es verdad; mas también tenemos del criado aquella perseverante fidelidad y hombría de bien que le hace no abandonar al caballero de la triste figura en los empeños graves; del señor, la pronta indignación ante el mal, que redime las demasías del arrojo; como á *Sancho* nos sobran desconfianza y recelo al juzgar al prójimo; como *D. Quijote*, exageramos el sentimiento de la propia dignidad, que si nos hace difíciles á todo gobierno y disciplina, en cambio suple al espíritu igualitario de otros pueblos. Lo que el hidalgo manchego tenía de loco no bastó á empañar lo que tuvo de cuerdo, y nunca la insania le hizo incurrir en la vileza de desconfiar de sí; los que le vencían no le desanimaban. Sólo en esto hemos dejado de parecernos á él. El pesimismo—palabra que por cierto no conoció Cervantes—es el nombre de una enfermedad nueva. Por fortuna es dolencia

que, como algunas clases de peste, causa más miedo que daño.

Recientemente, en ocasión de tributar homenaje á un varón insigne, otros hombres ilustres en ciencias y letras han maldecido y tronado contra la desesperanza colectiva y el apocamiento social; y todos nos han dicho que sólo se combaten con entusiasmo y grandeza de ánimo. No conviene, pues, como los medrosos pretenden, matar ahora á *D. Quijote*, ni sofocar su espíritu, sino antes al contrario, participar de él en lo que fué cuerdo y aun algo en lo que tuvo de loco, si el mucho amar á la justicia es una forma de locura. También nosotros debemos tener nuestra *Dulcinea*; y no es, por cierto, feliz y joven, sino vieja y desgraciada, como que hay en ella más de madre que de amante. Se llama España: gigantes la esclavizan, follones la insultan, malandrines la ofenden; son el atraso, el fanatismo, la holganza, la rutina. Trabajemos por ella con la dolorosa abnegación de contribuir á sabiendas á una prosperidad que no hemos de gozar. Así la desencantaremos, trocándola de pobre y sin ventura, en opulenta y dichosa; de miserable lugareña, en ideal princesa; y ese trabajo será el mejor tributo que rindamos á *D. Quijote de la Mancha*.

SONETO Á ESPAÑA

POR EL

EXCMO. É ILMO. SR. D. ÁNGEL AVILÉS

COMPTON & COMPANY

NEW YORK

RECEIVED BY THE U.S. DEPARTMENT OF AGRICULTURE

Á ESPAÑA

EN EL III CENTENARIO DE LA PUBLICACIÓN DEL «QUIJOTE»

SONETO

El portentoso Libro de Cervantes,
Reflejo fiel del mundo y de la vida,
Honda y grave lección lleva escondida
En sus alegres páginas vibrantes.

Delirios de Amadises y Tirantes
Ó perturban ó amenguan sin medida,
En don Quijote, el alma esclarecida;
En Sancho Panza, la virtud de enantes.

Cabal fuera el hidalgo con cordura,
Y el labriego, cabal con más nobleza:
Esta lección el grande Libro entraña:

¿Podremos ser Quijotes sin locura?
¿No podremos ser Sanchos sin bajeza?
¿No quieres revivir ¡oh madre España!?

ÁNGEL AVILÉS

Madrid y mayo de 1905.

PROGRAMA

DE LA

SESIÓN PÚBLICA EXTRAORDINARIA

CON QUE LA

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES

DE SAN FERNANDO

SOLEMNIZA EN EL DÍA 9 DE MAYO DE 1905

EL TERCER CENTENARIO DE LA PUBLICACIÓN DE LA PRIMERA PARTE DE

Don Quijote de la Mancha

COMPUESTO POR EL PRÍNCIPE DE LOS INGENIOS

Miguel de Cervantes Saavedra

FORMANDO PARTE DE ESTA SOLEMNIDAD UN CONCIERTO HISTÓRICO DE COMPOSICIONES MUSICALES, DIRIGIDO POR EL MAESTRO SR. D. VALENTÍN ZUBIAURRE, INDIVIDUO DE NÚMERO DE LA MISMA ACADEMIA

-
- 1.º **Sinfonía** de la ópera *Don Quijote de la Mancha*, á pequeña orquesta. Su autor *Giovanni Paisiello*, uno de los grandes compositores que produjo Italia en el siglo XVIII.
 - 2.º **Discurso** por el Académico de número Sr. D. Jacinto Octavio Picón, que versará sobre el tema *Cervantes y el «Quijote»*.
 - 3.º a) **Madrigal**, á voces solas, de *Juan del Encina*, famoso poeta, fundador de nuestro Teatro, y excelente compositor.

«Más vale trocar
Placer por dolores,
Qu'estar sin amores.
Donde es gradecido
Es dulce morir;
Vivir en olvido,

Aqué! no es vivir;
Mejor es sufrir
Pasión y dolores,
Qu'estar sin amores.»

.....
.....
.....

b) **Romance.** Solo de tenor, con acompañamiento de arpa,
de *Millán*, fecundo Compositor del siglo xvi.

«Durandarte, Durandarte,
Buen caballero probado,
Yo te ruego que hablemos
En aquel tiempo pasado,
Y dime si se te acuerda
Cuando fuste enamorado,
Cuando en galas é invenciones
Publicabas tu cuidado,
Cuando venciste á los moros
En campo por mí aplazado:
Agora desconoscido,
Di, ¿por qué me has olvidado?
—Palabras son lisonjeras,
Señora, de vuestro grado;
Que si yo mudanza hice,
Vos lo habéis todo causado,
Pues amastes á Gayferos
Cuando yo fuí desterrado;
Que si amor querés conmigo,
Teneslo muy mal pensado;
Que por no sufrir ultraje
Moriré desesperado.»

c) **Madrigal**, á voces solas, de *Escobar*, Compositor de la
segunda mitad del siglo xvi, ó primera del xvii.

«Quedaos adiós. — ¿Adónde vais?
— ¡Oh cuitados!
Que vamos desesperados,
¿Para qué lo preguntáis?

¿Cómo podremos sufrir
Tal dolor y tal mancilla?
Que nos vamos de Sevilla
Á buscar nuevo morir,

Y os dejamos. — ¿Porque os vais? —
¡Oh cuitados!
Que vamos desesperados,
¿Para qué lo preguntais?

.....
.....

4.º **Á España en el III Centenario de la publicación del «Quijote.»** Soneto leído por su autor el Académico de número Excmo. é Ilmo. Sr. D. Ángel Avilés y Merino.

5.º **Seguidillas con eco,** que estuvieron muy en boga en la Corte de España durante el primer cuarto del siglo XVII, transcritas por D. Francisco Asenjo Barbieri. Á cuatro voces, con acompañamiento de cuarteto, oboes, fagotes y arpa.

Aunque anónimas, su música puede atribuirse con fundamento al célebre *Mateo Romero* (alias) *El Maestro Capitán*, maestro de música del Rey Felipe IV y también maestro de su Real Capilla, ó á *Manuel Machado*, cantor y arpista de la Real Cámara y Capilla, Compositor muy estimado en aquellos tiempos.

Al transcribir esta música á notación moderna añadió Barbieri el *ritornello* y acompañamiento de orquesta para hacer más grata á la generación presente tan bella y característica composición española.

